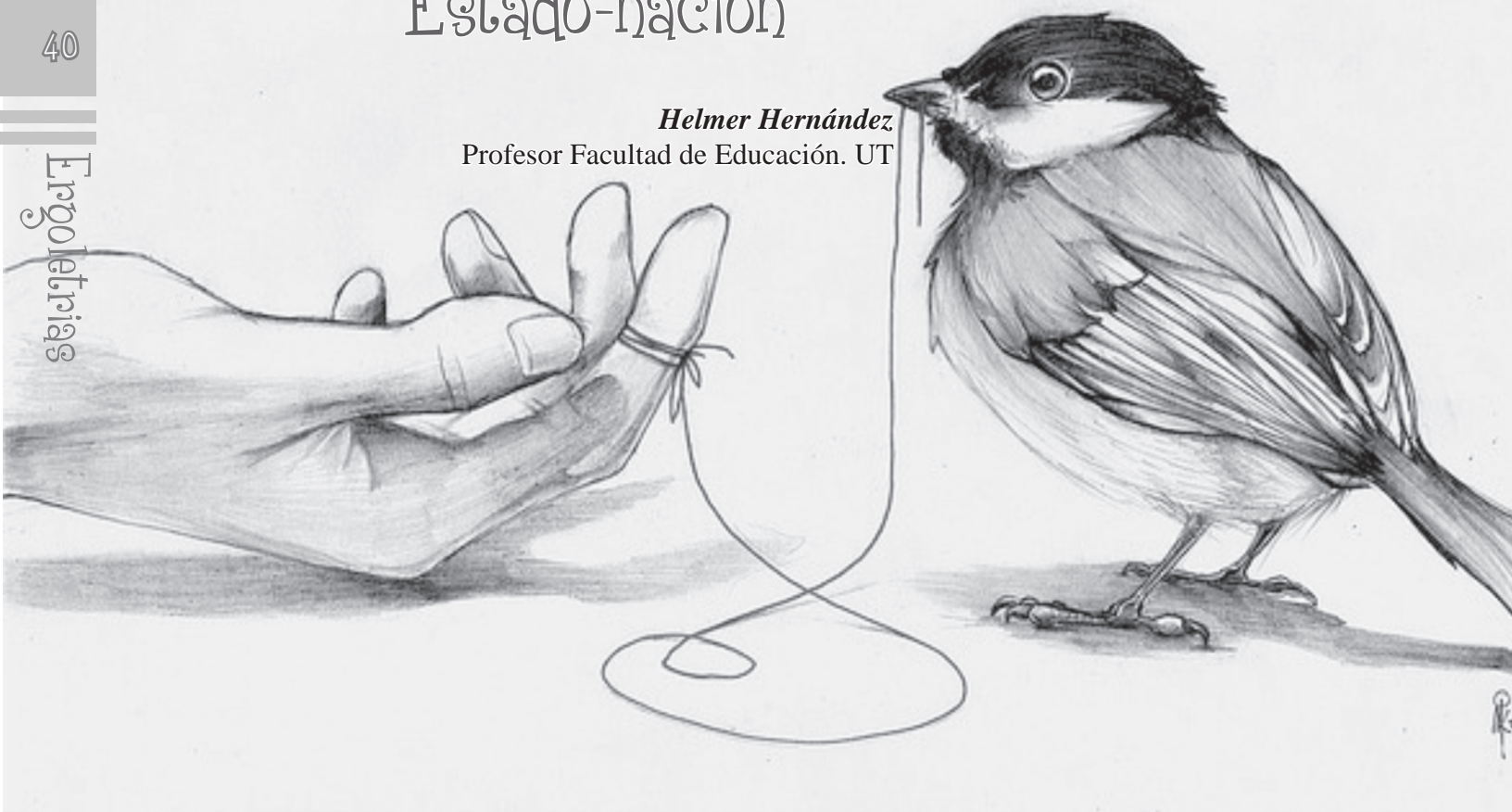


Aves sin nido o el deseo del Estado-nación

40

Erigolettrias

Helmer Hernández
Profesor Facultad de Educación. UT



El argumento de Doris Sommer de que los conceptos de eros y polis se juntan en una sola presencia en la novela latinoamericana del siglo XIX, al punto de que su estética aspira a concretarse como ideal social, se torna en revelador. Doris Sommer se pasea por los conceptos del amor y la política y los articula en la estructuración de los Estados; en especial, les concede un lugar preponderante en la conformación de los Estados Nacionales en América Latina. En sus planteamientos, es posible establecer las recíprocas y utilitarias relaciones del amor y la política en la edificación de las nuevas naciones latinoamericanas, luego de los procesos de independencia adelantados por las colonias latinoamericanas contra los imperios europeos, entre ellos España. En el texto *Ficciones fundacionales*, Doris

Sommer (2004) dice de la novela de ese tiempo:

Las historias de amor y la trama política no dejan de superponerse la una en la otra. En vez de paralelismo metafórico entre, digamos, la pasión y el patriotismo que los hombres podrían anticipar de una alegoría sencilla, veremos aquí una asociación metonímica entre el amor romántico, que necesita la bendición del Estado, y la legitimidad política que necesita fundarse sobre el amor (Pág. 59)

Esto es: el amor se sirve de la política para realizarse y la política se sirve del amor para constituirse en Estado. Y en este juego de reciprocidades utilitarias se teje la trama y la significación de la novela *Aves sin nido* de la pe-

ruana Clorinda Matto de Turner (1994). Esta novela, como muchas novelas del siglo XIX, son escritas al calor de un periodo histórico específico y fundamental en la construcción de las naciones latinoamericanas: la Independencia. Al respecto, se debe considerar que una vez desmoronadas las formas de Estado impuestas desde la Conquista por los imperios europeos en las colonias latinoamericanas, las nuevas delimitaciones territoriales requirieron aparatos estatales que les permitieran no sólo afianzar su soberanía conquistada sino su acoplamiento a los preceptos modernos y a los procesos de modernización ya adelantados en Europa y en los Estados Unidos de América.

Para entonces, han pasado ya las campañas de la independencia con sus estrategias militares y sus refriegas bélicas; se han colgado las armas y se han cambiado las botas de infantería por las botas de trabajo; el héroe guerrero es recluido al ámbito del recuerdo patriótico y, a modo de leyenda, apenas habita en la memoria histórica de los pueblos... Son los tiempos en que se requiere la unidad de un espíritu nacional que, inclusivo de territorios, culturas y etnias (o razas) se consolide a partir de una identidad y se materialice en las instituciones del Estado.

Sin embargo, no se trata de cualquier institución o de cualquier Estado; se trata de un estado-nación orientado por una burguesía que anhela afianzarse mediante las leyes económicas de un capitalismo en ciernes. La guerra se ha superado, y lo ha sido porque, de mantenerse, sus acciones y sus consecuencias impedirían el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo y de los procesos de modernización que requiere la nueva sociedad y el nuevo estado-nación, instancias económicas y políticas que, no obstante, en los nuevos países latinoamericanos, debe enfrentarse a matices culturales distintos de los modelos sociales y de estado-nación europeos; y, asimismo, debe combatir vicios y resabios de la colonia, en cuanto prácticas económicas, políticas y sociales del feudalismo medieval europeo. Le dirá

Lucía a Fernando, matrimonio que representa el pensamiento moderno en la novela *Aves sin nido*:

¡Fernando, Fernando mío!, ¡Nosotros no podemos vivir aquí! Y si tú insistes viviremos librando la sangrienta batalla de los buenos contra los malos. ¡Ah! ¡Salvémoslos! Mira a estos desventurados padres. Para socorrer a éstos te pedí los doscientos soles, pero aún antes de haber hecho uso de ellos les han arrebatado a su hija menor y se la llevan a la venta! ¡Ah! ¡Fernando! ayúdame porque tú crees en Dios, y Dios nos ordena la caridad antes que todo (Matto de Turner, 1994, Pág. 24).

Son los tiempos que requieren de los derechos humanos, del ciudadano, de la sociedad civil, de la libertad individual y de la libre competencia. Es el momento en que se deben establecer unas reglas de juego y un haz de leyes que hagan posible, dentro del concepto de desarrollo, el trabajo empresarial (propio de la industria y el comercio) y le den vía a libre al progreso de los países latinoamericanos.

En esa perspectiva, y de vuelta a la idea de Sommer, para entonces el deseo ya no se dispone a la búsqueda de la independencia a través de las urdimbres políticas y el uso de la fuerza en el juego de la guerra; más bien, el deseo es enderezado hacia una paz que permita la prosperidad económica, el acuerdo político y la armonía social. Tarea nada fácil en las nacientes repúblicas latinoamericanas, por cuanto, en la marcha, tuvieron que improvisar el norte.

Y justamente, de la improvisación de ese norte da cuenta la novela *Ave sin nido*. Allí el deseo, que lucha por alcanzar la necesaria paz productiva, intenta conciliar lo que apenas unas décadas atrás aparecía todavía separado e irreconciliable en América Latina: los hechos del eros y la polis. Y es un deseo más enérgico, por cuanto en los pueblos de esta parte del mundo aún hay resistencias ante los cambios y

son muchas las carencias de los factores modernos indispensables para la edificación del nuevo estado-nación. Se dice en la novela:

Juzgamos que sólo es variante de aquel salvajismo lo que ocurre en Killac, como en todos los pueblos al interior del Perú, donde la carencia de escuelas, la falta de buena fe en los párrocos, y la depravación manifiesta de los pocos que comercian con la ignorancia y la consiguiente sumisión de las masas, alejan, cada día más, a aquellos pueblos de la verdadera civilización que, cimentada, agregaría al país secciones importantes con elementos tendentes a su mayor engrandecimiento (Pág. 25)

En Aves sin nido el objeto de deseo no es otro que la conciliación de eros y polis, y en esa búsqueda se presentará el devenir de los personajes y las circunstancias que estructuran la trama y la significación de la novela. El eros es representado en lo fundamental por el arquetipo de la madre, mientras la polis es representada por el arquetipo del padre, si hemos de atenernos, en ambos casos, a la teoría que al respecto plantea C. G. Jung (1970) en su libro Arquetipos e inconsciente colectivo.

La confluencia de este par de arquetipos se explícita en la novela, aunque no libre de las costumbres morales, en su esencia judeocristianas, y de las conveniencias políticas del momento, juego de mentalidades que oscilan entre las ideas liberales y las ideas conservadoras. En relación con los arquetipos señalados, en la novela Aves sin nido se lee:

Si la mujer, por regla general, es un diamante en bruto, y al hombre y a la educación les toca convertirlo en brillante dándole los quilates a satisfacción, también a la naturaleza le está confiada mucha parte de la explotación de los

mejores sentimientos de la mujer cuando llega a ser madre (Pág. 28).

En la novela, y abierto a ese horizonte, el arquetipo de la madre se enriquece gracias a una variedad de símbolos que aluden a la vida y a los caracteres nutricios que la hacen posible: irrumpen símbolos como la mujer, la tierra, la geografía y lo que compone la cotidianidad doméstica, simbología que, en conjunto, alude al ámbito rural en contraposición al ámbito urbano. Es decir, se significa la esencia primigenia de la especie humana y se recrea la gran matriz de donde la vida ha brotado para regarse por el mundo y sembrarse de nuevo en ciclos constantes y perfectos. Es el arquetipo de lo femenino, erigido como garantía de la vida y de la existencia humana. En un movimiento de intenso lirismo, este símbolo de la femineidad se expresa de la siguiente manera en la novela:

Manuel era el esclavo de una mujer:
De una mujer, que sólo es, en suma:
Para un médico, aparato de reproducción.
Para un botánico, planta ligera.
Para un gordo, buena cocinera.
Para el Vicio, placer, sensación.
Para la Virtud, una madre.
Para un corazón noble y amante, ¡alma del alma! (Pág. 103).

Esta esencia de lo femenino se remonta a las épocas primeras de la humanidad y señala los tiempos en que hombres y mujeres, enraizados en el carácter alimenticio de la tierra, encontraban en la mujer la condición de posibilidad de su existencia y en la lumbre del hogar la única defensa contra la muerte. Eran los tiempos del matriarcado. Los tiempos de la matria nutricia, vivificadora y salvadora. Los tiempos donde el mundo giraba alrededor de la madre y el hombre se debía a ella en cuerpo y alma. Eran los tiempos de las damas del cielo, las aguas y la tierra... Eran los tiempos de las diosas. Y por supuesto, aún no había noción alguna de la propiedad privada y no había aparecido la familia. Tampoco la ciudad.

La patria, cargada de sensibilidad y afecto, de pasión y goce, incrustó en el corazón del hombre los valores necesarios para preservar la vida en contra de la muerte, de modo que fuera posible salvar la especie y garantizar su permanencia más allá del carácter devastador del tiempo. La patria fue desde siempre el amor incondicional, el seno del cual se parte y al cual siempre se regresa, el arrullo, la protección, la substancia, el placer, la satisfacción, la vida misma. En *Aves sin nido* el papel que juega la mujer es definitivo. Todo parece girar en torno a ella y ella parece regar de improntas los territorios del hombre. La bondad y la belleza pertenecen, de suyo, a los personajes femeninos de la novela. Un breve perfil es el siguiente:

Con este conjunto Doña Petronila es el tipo de la serrana de provincia con su corazón tan bueno como generoso, pues que obsequia a todo el mundo, y derrama lágrimas por todo el que se muere, conózcalo o no. (Pág. 28)

Por su parte, en la novela el arquetipo del padre está representado por otra diversidad de símbolos que, esta vez, hacen alusión a la vida pública y al despliegue de la fuerza sobre la naturaleza y el poder sobre la propia especie. Irrumpen símbolos concernientes al hombre, las instituciones del estado, la ilustración y el ágora, entre otros. Tales símbolos se recogen en el sentido de la patria, caracterizado por las formas de relación establecidas entre los seres humanos para garantizar la supervivencia mediante procesos económicos y sociales, y que alude en lo fundamental a la política, una dimensión que, no obstante, en América Latina no pasa de ser una prolongación cínica de la guerra o, por lo menos, su estilización. Al respecto, en la novela se halla el siguiente reclamo:

-¡Esto horroriza! Y si fijamos la mirada en los indígenas ¡el corazón tiene que desesperarse ante la opresión que éstos soportan del cura y del cacique!...

-¡Ah, Señor Don Fernando! Desconciertan estas cosas al hombre honrado que viene de otra parte, ve y siente. Cuando haga mi tesis para bachiller, pienso probar con todos estos datos la necesidad del matrimonio eclesiástico de los curas (Pág. 115)

Aun así, la política es el fundamento de la patria como el amor es el fundamento de la patria. En la patria el amor está condicionado al acatamiento de las leyes y, por tanto, exige lealtad y fidelidad. De ahí que la patria no requiera de la sensibilidad, propia de la patria, sino de la razón, el juego de las ideas, el pensamiento y todo lo que conduzca, según la ilustración, al saber y al conocimiento: los estados nacionales necesitan individuos autónomos (esto es: ilustrados) que edifiquen la nación. En la novela, le dice el Coronel Bruno de Paredes al dubitativo Don Sebastián ante una toma de decisión:

-¡Bonita va la cosa! Llévese usted de lloros de mujeres, y veremos cómo anda la Patria. No, Señor: usted se planta en sus trece, y yo le sostengo; sí, señor (Pág. 77).

Ahora bien, luego de la Independencia de España, los territorios latinoamericanos necesitan reconciliar la patria y la patria, acción que sólo es posible en la medida en que converjan en el sujeto el eros y la polis, mediados por el deseo. Y *Aves sin nido*, en su carácter de novela que plantea un ideal de sociedad, hace converger el eros y la polis (esto es: el amor y el Estado) en la figura de la familia. A usanza, y en tanto estructura mínima de la sociedad, hay familia donde existe un padre, una madre y unos hijos. Manuel, hombre moderno, ilustrado, héroe de la novela *Aves sin nido*, va en búsqueda de la familia ideal, movido por las fuerzas telúricas de la patria y por las leyes de la patria, encarnadas en la futura familia establecida con Margarita, heroína de la novela. Se lee lo siguiente:

El primer rayo de la aurora, apacible y sereno, penetró por los resquicios de la puerta y ventana del dormitorio de Manuel, que veló desde la tarde a la mañana, de claro en claro, con el primer insomnio del amor y el deber (Pág. 123).

Si bien es cierto que en la novela se presentan varios tipos de familia, sobre todo en relación con la estratificación social, la participación política y las posibilidades económicas, la familia se constituye en el núcleo esperanzador para hacer posible la relación eros-polis. La familia simboliza en la novela el hogar, la pareja, los hijos, pero también el poblamiento del territorio, la inclusión social y, en últimas, la armonía. En ese sentido, es la instancia social adecuada para el advenimiento y el fortalecimiento de uniones productivas que permitan la vida económica, social, política y, por supuesto, reproductiva. En la novela se explicita de la siguiente manera:

El matrimonio no debe ser lo que en general se piensa de él, al concederle sólo el atributo de la propagación y conservación de la especie.

Tal será acaso la tendencia de los sentidos; pero existe algo superior en las aspiraciones del alma que busca su centro de repercusión en otra alma, como el ser espiritual unificado por las potencias de memoria, entendimiento y voluntad y estrechado por el vínculo santo del amor (Pág. 125).

En esa perspectiva, la familia es la convergencia de la patria y la patria y, en consecuencia, del matrimonio y del patrimonio, búsquedas del nuevo ciudadano latinoamericano: el individuo moderno, el sujeto burgués. De allí, por supuesto, surge esa simbiosis (endilgada en cierto momento a España) entre patria y patria: la madre patria. Esta figura es la garantía para que el hombre latinoamericano y su sociedad se inserten en las exigencias culturales de la modernidad y, sobre todo, en los procesos de modernización propios de las le-

yes del capital. Es evidente que allí confluyen preceptos de orden moral, religioso, político y económico. Léase lo siguiente en *Aves sin nido*:

Con todo, la rehabilitación de un hombre proscrito de la faena de los buenos, está en el terreno de lo posible cuando en su corazón no se han paralizado aquellas fibras delicadas que, en dulce sensación, responden a los nombres de Dios, patria, familia (Pág. 91).

Sin embargo, la tragedia de la novela consiste en la disolución del ideal de la madre patria; es decir, la separación entre patria y patria, el divorcio entre padre y madre... O el funesto desenlace de la familia idealizada moderna, y que no alcanza a realizarse porque finalmente ha olvidado el diálogo que reconoce al otro, la visión moderna de mundo y la necesidad de superación de las diferencias étnicas, raciales y culturales. Quizá en ello se evidencie el fracaso de los Estados-Nación latinoamericanos, los que todavía no han terminado de consolidarse, y cuyos devaneos no expresan otros fenómenos que la explotación, la corrupción y la violencia, síntomas de una mentalidad medieval.

La novela *Aves sin nido* muestra que el indígena es maltratado por el mestizo como el mestizo fue maltratado por el blanco español. Y es natural que en esa cadena de maltratos y exclusiones no prospere la familia moderna. Considérense el siguiente diálogo:

-Y volviendo a recordar al pobre Juan, ¿sabes, hija, que ese indio me ha despertado aún mayor interés después de su muerte? Dicen que los indios son ingratos, y Juan Yupanqui ha muerto por gratitud.

-Para mí, no se ha extinguido en el Perú esa raza con principios de rectitud y nobleza, que caracterizó a los fundadores del imperio conquistado por Pizarro. Otra cosa es que todos los de la calaña

de los notables de aquí, hayan puesto al indio en la misma esfera de las bestias productoras –Contestó Lucía (Pág. 53).

Este tipo de familia moderna tendrá que posponerse, dado que la moral imperante, de tinte todavía medieval y colonialista, promueve que el mestizo debe destacarse por encima del indígena, como otrora lo hizo el español por encima del mestizo y del indígena. Este carácter moral y prescriptivo, esta ley de leyes, y en perspectiva simbólica, conduce inexorablemente al mestizo a la sin salida del incesto, acción erótica y política condenada, contradictoriamente, por la misma moral que la causó.

En *Aves sin nido* el mestizo pertenece a una etnia excluyente, cerrada en sí misma, ausente del diálogo y la conversación, presto a aprovecharse y a traicionar al indígena, lo que contradice de facto las búsquedas modernas mediante los estados-nación: esa identidad nacional que con tanto empeño se menciona en la novela. Valga decir que se posponen hasta nuestros días dichos estados-nación, dado que aún se sostiene el incesto político o de castas sociales: hoy todavía existen las familias cerradas, de orden medieval y colonial, distinta de la familia que se construye a partir de la necesidad de reconocer la diferencia, a fin de ganar nuevas dinámicas en la unidad y la identidad. Por tanto, los pueblos latinoamericanos estarían condenados al incesto político y social, pese a su diversidad étnica y su pluralidad de culturas. En últimas, la novela *Aves sin nido* finaliza con el anuncio y el señalamiento del incesto y, en consecuencia, con el fracaso de la unión legítima entre patria y patria, fracaso que hace más trágica la divergencia de eros y polis:

-¡Hay cosas que anonadan en la vida!...
¡Valor joven!... ¡Infortunado joven!...
Marcela en los bordes del sepulcro confió a Lucía el secreto del nacimiento de Margarita, quien no es la hija del indio Juan Yupanqui, sino... del Obispo Claro.
-¡Mi hermana!
-¡Mi hermano!

Dijeron a una voz Manuel y Margarita, cayendo ésta en los brazos de su madrina, cuyos sollozos acompañaban el dolor de aquellas tiernas aves sin nido (Pág. 162)

Bibliografía

JUNG, C.G. (1970). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Buenos aires: Paidós.

MATTO DE TURNER, Clorinda (1994). *Aves sin nido*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

SOMMER, Doris. (2004). *Ficciones fundacionales – Las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

